

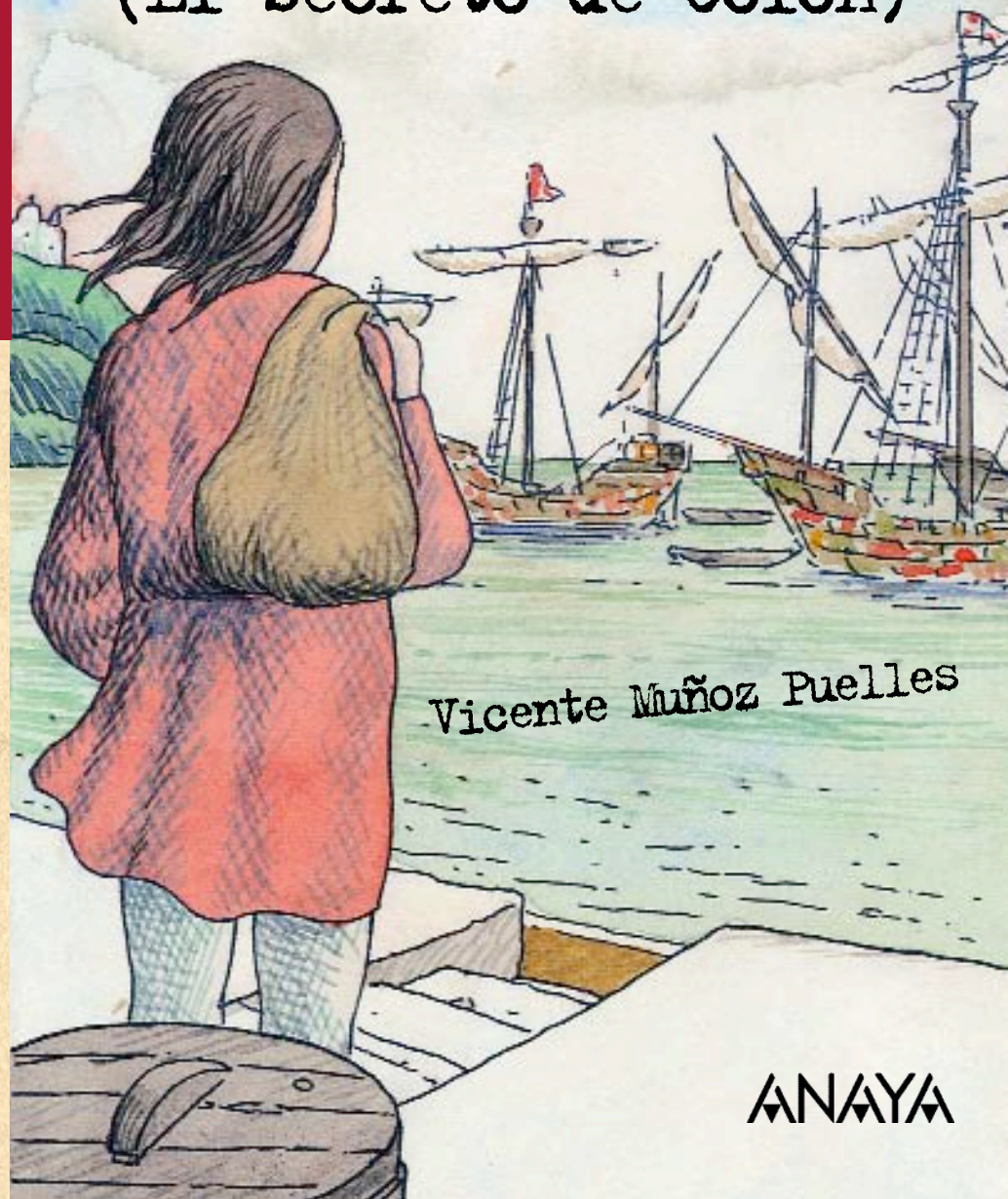
Es el año 1506. Al enterarse de la muerte de Colón, Gonzalo, un joven que trabaja en la Casa de Contratación de Sevilla, decide contar la verdadera historia del descubrimiento del Nuevo Mundo. Muchos años antes, de niño, oculto en la bodega, Gonzalo partió en la expedición rumbo a las Indias. Asistió a la travesía, recibió las confidencias del Almirante, le ayudó a evitar el motín que se avecinaba... Una historia que nos acerca, desde otra perspectiva, a la enigmática y controvertida figura de Cristóbal Colón, de cuyo fallecimiento se cumple en 2006 el quinto centenario.



iPolizón a bordo! (El secreto de Colón)
Vicente Muñoz Puelles

iPolizón a bordo!

(El secreto de Colón)



Vicente Muñoz Puelles

1562504

ISBN 84-667-4749-4



ANAYA
www.anayainfantiljuvenil.com



ANAYA

El testamento del Almirante

Pienso en él y lo primero que veo son sus ojos, esos ojos azules casi transparentes, con los que parecía atravesarle a uno y mirar más allá, siempre más lejos.

Otros le llamaban Capitán, Vi rey o Gobernador general de las Islas y Tierra firme, pero para mí Cristóbal Colón fue siempre el Almirante. Así le gustaba que le llamasen: Almirante de la Mar Océana. Era un título que le habían dado los Reyes Católicos, poco antes de que se embarcara, y yo con él, pero escondido, en aquel viaje del descubrimiento que cambió nuestras vidas y las de todo el mundo.

Desde entonces han pasado catorce años, que se dice pronto. Yo era un niño y ahora no lo soy, o al menos ya no lo parezco. Digo esto porque a veces se crece más por fuera que por dentro, y en muchos hombres sigue latiendo, aunque con disimulo, el corazón de un niño.

Hoy he vuelto a acordarme del Almirante porque he recibido una carta de Valladolid, donde está la Corte.

Hernando, el más joven de los Colón, me escribe para contarme que su padre murió el veinte de mayo, «agravado de gota y del dolor de verse caído de su estado y agravado también con otros males».

He tenido que leerlo varias veces para entender que hablaba del Almirante.

Había ido a Valladolid a reclamar sus derechos sobre las tierras descubiertas en sus cuatro grandes viajes. Pero el Rey, que se ha quedado viudo, ha inventado mil excusas para no recibirle. Y es que el Almirante siempre se llevó mejor con la Reina.

Esperando la audiencia real, ha muerto en una simple posada. Le acompañaban su hermano, sus hijos y algunos sirvientes.

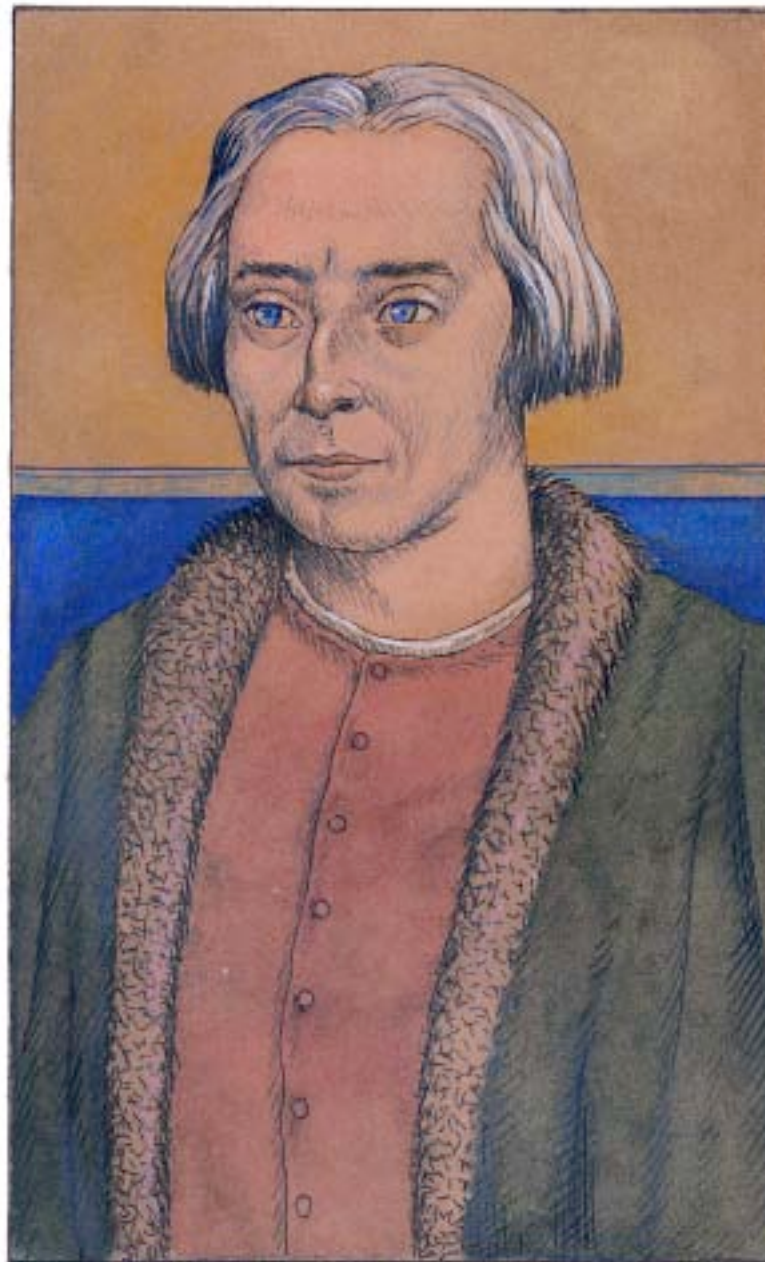
Mientras, las Indias van poblándose y generando riquezas, y aquí donde yo trabajo, en la Casa de Contratación o Casa del Océano, como la llaman los sevillanos, todos los días nos piden nuevas licencias para enviar barcos al Nuevo Mundo.

Porque es un mundo nuevo, como no se cansa de repetir Amerigo Vespucci:

—¿Sabes, Gonzalo? Allí hay más pueblos y más animales y plantas que en Europa, Asia y África juntas. Y unas playas larguísimas, llenas de innumerables habitantes, que van desnudos. No necesitan arar ni trabajar la tierra. Y el aire es más templado y suave que en cualquier otra de las regiones que conozco.

Amerigo me cuenta esto como si yo no lo hubiera visto con mis propios ojos y respirado con mis pulmones.

En cuanto al nombre, el Almirante siempre fue precavido; había repetido tanto, durante tantos años, que navegando hacia el Oeste uno tenía que llegar a las Indias, que se negaba a llamarlas de otro modo.



Ni siquiera lo de las Indias Occidentales le gustaba. Para él eran las Indias a secas, y sus habitantes los indios.

Sin embargo, en ocasiones dudaba. Un día, en la isla de Cuba, viendo la selva tupida y los loros con plumas como gemas, me preguntó:

—¿Qué no habremos encontrado el Paraíso perdido, del que Adán y Eva fueron expulsados?

Pero me estoy adelantando, o no cuento las cosas en el orden debido.

En su carta, Hernando me dice que, un día antes de morir, su padre hizo testamento. Diego, el hijo mayor del Almirante, fue nombrado heredero universal de sus bienes y de sus títulos. Hernando recibirá cada año una parte de las rentas.

Hay también cantidades más o menos importantes para unas personas a las que ni él ni yo conocemos. Hernando cree, y yo también, que son el pago de antiguas deudas: dos mil quinientos reales para los herederos de cierto mercader de Génova; medio marco de plata para un judío residente a la entrada de la judería de Lisboa; cien ducados para un piloto portugués o para sus herederos.

Y para mí, un pequeño lío o envoltorio sellado con lacre Hernando se excusa por no habérmelo enviado con la carta. Ha de transcurrir cierto plazo, no me dice cuánto, por si alguien está en desacuerdo con el testamento y pide que lo invaliden.

No imagino qué puede contener ese envoltorio, sino el dinero que el Almirante me debía en estricta justicia.

Pero, entonces, ¿por qué no consta en el testamento la cantidad exacta, que son diez mil maravedís más, claro está, los intereses que podrían haberse generado en estos catorce años?

Quizá porque asignarme esa cantidad por escrito sería como reconocer lo que muy pocos saben: que, en 1492, un niño llamado Gonzalo vio las Indias antes que nadie.

